

# *¿NADA MÁS QUE MUÑECA?*

---

(Novela)

*“EL PLACER DURA UN INSTANTE, ES COMO UN  
SUEÑO  
Y LA MUERTE VIENE AL FINAL”*

Pten-Hotep (Egipcio)

*“Uno que te quería, Muñeca te decía  
con dulce intimidad  
tú al escuchar tal nombre*

*muy cerca de aquel hombre,  
sentías felicidad”*

José Rubén Romero



*México y Tula, Hgo. 1949*

Acababa de cursar el último año de la preparatoria. Salí reprobado en química, matemáticas, y alguna otra materia que no recuerdo. El tribunal familiar, compuesto por un fiscal inflexible: mi madre, mi tía abuela que oficiaba como mi defensor y un juez a quien a final de cuentas todo le daba lo mismo: mi padre, se reunieron para deliberar qué hacer conmigo. Un muchacho que depreciaba los números –y muy buenas razones había tenido para ese aborrecimiento– era según mi progenitora, un inútil a quien nada bueno podía esperarle en el porvenir; y aún más, si ese chico se obstinaba en aquella locura de llegar a convertirse en escritor ¿qué otra cosa eran los poetas, los escritores, sino unos pobres diablos siempre muertos de hambre, a quienes la carencia de una profesión remunerativa, les orillaba a medio comer, ilusionados en pos de una gloria que nunca se asomaba, o que en el mejor de los casos, hacía su efímera aparición cuando el pobre artista había muerto, y no podía leer su nombre en letras doradas, sobre el empastado rojo de las ediciones de lujo de sus libros?

*(El avión empieza a elevarse, los letreros de apagar los cigarrillos, abrocharse los cinturones y colocar el asiento en posición vertical se han encendido. Miro sin ver por última vez el panorama de la ciudad asiática, pero otras imágenes se obstinan por bailotear en mi memoria, y los recuerdos amenazan invadir las hojas de papel con el elegante monograma realzado de la línea aérea, que la diligente aeromoza tailandesa me ha acercado. Y la estilográfica se desliza nerviosamente, llenando cuartillas! Mi vecina de al lado no me despega la vista, curiosa por indagar el motivo de esa fiebre de escribir; en sus ojos protegidos por gruesos anteojos, alcanzo a detectar un reproche, algo así como... este no es el lugar adecuado.)*

–Si no quiere estudiar, pues que trabaje. –Opinó mi padre, con una cierta severidad que le desconocía, y que de vez en cuando solía aparecerse cuando la retahíla de reproches de su cónyuge empezaba a exasperarle. –¡No le vamos a durar toda la vida! –Agregó con inevitable pesar, y al final él tendrá que buscar la manera de ganarse el sustento.

Mamá hizo un gesto de desaprobación. Contradictoria, incomprensible en ocasiones, aunque tierna en el fondo como casi todas las madres, iba

de un extremo a otro fácilmente. ¿Cómo, su hijo tan brillante, tan prometededor, iba a terminar siendo nada menos que uno de aquellos infelices empleaduchos del ferrocarril, apenas un palmo más elevados que los aseadores, que se hacían llamar genéricamente Agentes de Publicaciones, al igual que su humilde marido? ... y luego, ¿para que se enseñara a borracho como él? Mi padre se defendió como pudo y argumentó que si bien su trabajo era muy modesto, de él habíamos vivido, y que aunque con limitaciones nunca nos había faltado lo indispensable.

–¿Y para eso tantas escuelas, tantos sacrificios? –se lamentó otra vez mi madre.

–Pues va a ser agente al igual que su papá –opinó mi tía abuela conciliadora, como si fuera la cosa más natural.

–Así sabrá como se gana el dinero –sentenció mi padre.

–Y si sabes cuidarlo y haces tus ahorritos –aseguró mi intercesora– Y no lo despilfarras pues vivirás bien, como muchos compañeros de tu papá que hasta han comprado su casita...

–No quiso estudiar... –Se volvió a quejar mi padre, como disculpándose.

–Allí está el señor Roldán quien le dio a sus hijos carrera, y de ese trabajo sacó un doctor, un licenciado y dos maestras –volvió a terciar la ancianita.

–Si de todos modos iba a terminar en eso, ya desde cuándo se hubiera ido a trabajar. –Insistió mi madre, a quien en todo le parecía que había una pérdida irreparable de tiempo.

–Si todavía está muy chico... –advirtió la dulce solterona, que veía en mí un verdadero hijo.

–Total: ¡pues que sea agente! –dictaminó mi madre con agriedad.

Los agentes, eran una especie de meseros y comerciantes, cuyo trabajo consistía en ofrecer a bordo de los trenes de pasajeros: refrescos, cervezas heladas, cigarrillos, dulces, sandwiches, chicles, café caliente, periódicos, revistas, cojines de plumas, cajetas de Celaya, camotes de Puebla y un inagotable surtido de chucherías, que iban voceando de vagón en vagón, interrumpiendo el sueño de los sufridos pasajeros.

Mi madre soñaba para mí un puesto de contable, con escritorio metálico, secretaria anteojuda, flaca, desgarbada y eficaz, dos o tres teléfonos y unos libros enormes que llenaría seguramente de cifras, que ocultaran mañosamente al fisco las utilidades reales de la empresa y embrollaran todo lo más posible las cuentas, al grado que ni el accionista mayoritario pudiera entenderlas; y todo ello con el propósito de quedar bien con el director o gerentillo en turno y asegurarse así un puesto bien pagado, sobre todo si había muchas triquiñuelas qué esconder.

Sus aspiraciones que incluían también verme siempre con un traje recién retirado de la tintorería, camisa blanca bien almidonada, corbata discreta, zapatos lustrados y pelo embetunado la hicieron al punto rebelarse contra lo que debió parecerle una infausta y negra perspectiva.

Así que justamente frustrada me soltó otra buena carga de reproches: que si no estudiaba, que si debí haberme acercado a los profesores en demanda de asesoramiento, que si falté un lunes, o llegaba a clases sistemáticamente tarde o todavía medio dormido, si platicaba demasiado con mis condiscípulos, o era incapaz de concentrarme en lo que ponía el maestro en el pizarrón o no había acudido en demanda de ayuda a los alumnos aprovechados, ni le ponía ningún interés a las fórmulas, las ecuaciones algebraicas, los trazos geométricos, los embrollos de la regla de cálculo que nunca supe bien ni para lo que servía, o el estudio de la trigonometría que no sólo encontraba aburrida sino insoportable... y todo por aquella endiablada obstinación de quedarme siempre suspendido en las nubes, fantaseando, imaginando cosas, leyendo a Salvador Rueda en plena clase de cálculo, y a ese Vargas Vila, el réprobo, excomulgado de la iglesia católica por difamador y ateo; en lugar de poner atención a los maestros... al menos debí haber entregado regularmente las tareas, los problemas resueltos, los ejercicios con la comprobación correspondiente. ¡Ah!, entonces los profesores hubiesen apreciado al menos mi interés, y me hubiesen aprobado aunque hubiera sido con la nota más baja, o al menos no se hubiesen mostrado tan reacios a concederme otra oportunidad que no fuera el examen extraordinario en el que seguramente fracasaría, condenándome a cerrarme las puertas de la facultad, todos, se veía que eran muy buenas gentes, eso sí, exigentes con su materia, pero al fin y al cabo si me les hubiese acercado no me iban a comer, pero lo que seguramente no me perdonaban era mi indiferencia, mi desatención en clase. ¡Y ahora se habían desquitado! ¡Y muy bien hecho!

Y como yo quisiera defenderme y argumentar que los ingenieros escribían con faltas de ortografía y eran de una enciclopédica ignorancia en

todo cuanto no se refería a su profesión, la buena señora se envalentonó más y echó mano a los reproches más socorridos, aquellos cuyo efectismo nunca fallaba: ¡Era terriblemente injusto, no tenía consideración de mis padres! ¡Pero así me había de ir con mis hijos cuando los tuviera! ¿No veía acaso cómo se esforzaba mi padre trabajando en aquella corrida de tramos tan largos, que le obligaba a desvelarse en cada viaje hasta cuatro noches seguidas? (Si no fuera por la botella que le sostenía) y ella ¿No guisaba acaso siempre que podía lo que más me gustaba, preguntándome lo que quería comer casi a diario, estirando su exiguo “gasto”, no se planchaban mis camisas y estaba al pendiente de recoserlas sin que les faltara un solo botón? ¿Y yo, acaso no disponía siempre de unos pesillos en la bolsa, para ir al cine o comprarme una torta, una golosina o un café aunque no fuera precisamente en el café de Tacuba donde eran tan abusivos y careros? ¡Era un mal hijo, un ingrato! Y sobre todo un flojo, que me gustaba todo fácil, no quería esforzarme en nada, allí estaban muchos de mis compañeros, alimentándose en los restaurantes de chinos con aquellas raquíticas comidas de \$2.50 y sin embargo con sus materias limpias, y a punto de recibir su certificado que les abriría las puertas de los estudios serios y la posibilidad de tener una vida digna.

Así argumentó con muchas y según ella buenas razones, y cuando esperaba que yo, convencido, cedería al fin, y me pondría a estudiar matemáticas y anexas, declaré que lo único que me interesaba en la vida, eran las letras, y que si aceptaba correr el riesgo de presentar aquellos horribles exámenes, sería con la esperanza de estudiar en la Facultad de Filosofía.

Semejante pretensión acabó de enojarla y por contagiar de su disgusto a mi padre, cuya ignorancia lo llevó a concluir ...que esas cosas eran de gente ociosa, entretenimiento para ricos, que yo era pobre, y por lo tanto debía poner los pies en el suelo.

Aquello sí que me dolió, sobre todo viniendo de papá, y además por la parte de razón que indudablemente le asistía. En ese momento me pareció que su actitud me impedía mi más ferviente anhelo, convertirme en escritor. ¡Qué necesidad! El tiempo me ha demostrado con creces, que se escribe sin título, y que hasta ahora, que yo sepa, ninguna facultad da el pase definitivo para ejercer una actividad creativa. Con las aptitudes se nace. Con la vocación se empieza. Con la pasión se trasciende; y las clases, las técnicas, los cursos, las lecturas apenas si aportan una contribución valiosa para acrecentar un don, que si se trae será un seguro de éxito, y del que si se carece, ni las universidades, ni los críticos, ni la publicidad o la mercadotecnia podrán

suplantarlo... y un escritor mediocre, continuará siéndolo aunque le cuelguen las medallas de todas las academias.

Entonces, se sucedió un silencio penoso, que me pareció muy largo, al final mi padre aceptó por presión, lo que se consideraba era mi última alternativa.

–Mañana hablaré con mi compadre para que le den trabajo. –ofreció.

Yo lo miré sin replicar y hasta me pareció haber descubierto su vida. Había sido panadero y hasta dueño de panadería, pero en los inciertos tiempos de la Revolución, en que se cambiaba de papel moneda, al son del caudillo ocupante de la plaza, se había arruinado como muchos otros, que se quedaron sin un centavo de la noche a la mañana, y con algunos cientos de papelitos mal impresos y fuera de circulación, que no servían ni siquiera para coleccionarlos, tal era la nula solvencia de los gobiernos improvisados, de los ambiciosos generalitos y efímeros politiqueros que los emitían.

Desde entonces, sin recursos, desempleado más de un año, decidió abrazar aquel oficio, que lo arrastró por todos los rincones del país, lo mismo al istmo que al desierto, a la orilla del mar que a la sierra, al Golfo que al Pacífico. ¡Todavía me parece verlo con su traje azul marino y su gorra negra voceando en los vagones de segunda clase, su mercancía:

–¡Hay refrescos y cervezas bien helados! ...

Y se me asoma la ternura por el pobre viejo.

Mi padrino titubeó al principio, alegando que era aún demasiado joven, pero al fin accedió a los ruegos de mi padre, y me nombró provisionalmente titular del 13 y 14, un trenecillo mixto que corría de México a Tula, realizando un viaje redondo todos los días, con una duración de unas cinco o seis horas, según eran las necesidades del tráfico y de la carga que en cada estación maniobraba el convoy, al que en ocasiones se agregaban no solamente furgones sino hasta góndolas y carros tanque.

Al siguiente día me entregaron dos cajas de madera con una dotación de cervezas, refrescos, cigarrillos, dulces, una credencial con una mala fotografía y una grasienta gorra negra que ostentaba una placa de latón en la que se leía Agente, con el equipo, como solía llamarse a la mercadería, se me instruyó en el reglamento, cuyo cumplimiento estipulaba proporcionar un servicio cortés a los clientes y someterse a la tutela del conductor del tren que era la máxima autoridad a bordo.

Al día siguiente me dispuse a iniciar mi trabajo con bastante anticipación por cierto.

El pequeño convoy se componía apenas del vagón correo, el express, un viejísimo coche dizque de primera clase y otro más de segunda, donde quedó instalado el que iba a ser mi mostrador rodante. El coche olía a excusado, lo que empeoraba con el penetrante olor a desinfectante que regaban por el piso en generosas cantidades de la combinación se desprendía un tufo momentáneamente insoportable, pero al que sin embargo la nariz se iba habituando, al grado de que dejé de percibirlo después de algunos minutos.

Estrenaba aquella tarde un traje azul oscuro, uniforme reglamentario del personal y un par de zapatos que rechinaban a cada paso. Mientras llegaba la hora de la partida me puse a desenrollar un hatillo de periódicos que coloqué cuidadosamente doblados sobre la canastilla.

A las dos de la tarde, la estación de Buenavista, tenía muy poco movimiento. En los largos andenes, los vagones gastados, reposaban exhaustos, tal si el hierro también padeciera la fatiga de los múltiples viajes acumulados, y después de las caminatas se sumergiera pasivamente entre el polvo, los charcos de chapopote y el silencio; aquello era como un cementerio de carros, o tal vez como un descuidado museo antediluviano, donde los mons-

truos grises tuvieran la peculiaridad de arrastrarse mediante aquellas pesadas y grasientas ruedas, capaces de girar montadas sobre las vías tendidas por toda la tierra.

Bien fuera por la suciedad predominante, los lamparones de aceite que menudeaban y la costra pegajosa adherida a los durmientes y a los pisos, la terminal lucía más bien oscura y deprimente.

De pronto la vibración de un campanillazo rebotó en el techado de láminas, y tal si se tratara de una contraseña, las puertas de la salas de espera se abrieron para dar paso a media docena de pasajeros con inequívoca traza de campesinos. Si éstos van a ser mis clientes –pensé– el negocio seguramente va a ir muy mal, y la pequeña comisión que obtenga, no me va a dejar ni siquiera para mal comer. Cavilando empezaba a descubrir por qué me habían asignado con relativa facilidad aquella corrida, que sin embargo tenía la ventaja de retornar a la ciudad de México, a una buena hora, para meterse en la cama, siempre y cuando no hubiera ningún retraso; pero otro acontecimiento vino a turbar mis pensamientos una vieja locomotora de vapor, se acercaba directa a enganchar el vetusto convoy, me bajé para poder contemplarla de cerca, era la 1037, si no mal recuerdo, y apenas tenía a cada lado cuatro enormes ruedas sujetas a las flechas y no muy altas por cierto, toda ella temblaba como una gelatina, tal si los fierros bien afianzados y atornillados, relucientes de grasa, estuvieran a punto de desarmarse, y no obstante en medio de aquella manifiesta decrepitud, se alcanzaba a filtrar un haz de fuerza, un brío que aparentaba ser invencible y que debía provenir del acero bien templado, ¡como si tuviera un alma! O una pila secreta que le inyectara el soplo inmortal de la potencia. Dos hombres metidos en sendos overoles de mezclilla que alguna vez fueron azules y que brillaban por su lustrosa negrura, se aplicaban con una estopa y una aceitera, como si no hubiera aún bastante grasa embadurnada en cada fierro, alistando así los últimos preparativos para iniciar la marcha. No eran jóvenes, y uno de ellos que portaba gorra y un pañuelo rojo atado alrededor del cuello, me devolvió mi tímido saludo, con una sonrisa amplia que delató dos filas de dientes amarillentos y caducos, con algunas relucientes piezas de oro intercaladas.

En un momento la máquina quedó dispuesta y el sonsonete de la campana anunció la proximidad de la partida. Chorros de vapor blanco surgieron por los costados, mientras que la chimenea superior, cual un pequeño cráter volcánico, vomitaba fumarolas de humo negro; entonces al punto que daban el tercer campanillazo, como si tuviera que desarrollar un enorme esfuerzo que tensara sus vértebras, sus venas, sus huesos y sus

músculos, palpitante, crispada, aspirando voraz el combustible que le daba vida y entre los amarillentos flamazos que emanaban de la caldera, la 1037 inició la marcha; al principio, sólo consiguió dar un brusco tirón a los vagones grises, que me parecieron pesados y rebeldes, pero a los pocos segundos, se empezaron a deslizar mansos y sumisos sobre los rieles. Me subí al tren, éste se fue arrastrando, primero muy lento y penoso, después envalentonado, aumentó su rapidez, mientras los semáforos con sus timbres y luces verdes, le abrían paso tal si se tratara de un gran convoy que desfilara entre las filas de vagones estacionados y de las locomotoras de patio que se detenían a su paso distantes y respetuosas. Un silbatazo agudo, largo, cual un postrer adiós o lamento, y la mole de la estación se fue deslizando hacia atrás como tragada por una avorazada perspectiva, entre tanto fueron apareciendo los edificios de la casa redonda, las filas interminables de carros caja, las bodegas y depósitos con millares de bultos y mercancías; pero pronto todos se fueron achicando hasta ser menos que puntos, entonces surgió el alto terraplén de la vía, entre la incontable caterva de postes, de alambres, de durmientes, y luego los rieles, alargados, como puñales sin fin que penetraban hasta los escapes que iban a parar dentro de las factorías, tendidos en una infinita red, como membranas que horadaban extraños parajes, rozando las entrañas misteriosas de lo incognoscible.

Yo me aferré a un ventanillo abierto. Al principio el paisaje sólo me mostró las instalaciones ferroviarias, luego, el tren penetró en ese submundo de los carros-campamento, morada de los pobres peones de vía, quienes viven hacinados entre los deshechos del equipo, ahí se apilaban los vagones semi-destruidos por los descarrilamientos y el uso excesivo, otros heridos de muerte por las balas o medio salvados de algún incendio, pero no de la polilla que los corroe, carros-caja convertidos en improvisados dormitorios, jaulas trepidantes que se han adaptado a viviendas o cocinas de esos pobres desheredados, cuyo cruel trabajo consiste en remendar vía, cambiar durmientes, acondicionar terraplenes, reparar puentes, y que los lleva de un lugar a otro constantemente pisando el suelo movedizo al que suelen llamarle campamento, reptiles migratorios armados de sus mazos, de sus picos, habituados a cargar sobre los hombros el pesado fardo de los rieles, a mover los autovías de mano y las góndolas, a emigrar con sus mujeres sucias y feas pero sufridas, con sus hijos que nunca pueden concluir un mes completo en una escuela, y que sin opción heredan el modesto trabajo de peones de vía, son gente burda, grosera, viciosa, pero necesaria para que los trenes rápidos pasen como relámpagos sobre los rieles que les han tendido y que significan el sudor de muchos años.

Luego, el tren se hundió entre las barriadas salobres de la periferia de la ciudad, al lado de su terraplén pululan las chozas de madera, con techos contruidos con pedazos de botes de lámina y trozos de cartones enchapopodados, vecindarios lúgubres donde se asoman irreverentes los largos tendedores donde se asolean los harapos, las ropas íntimas descoloridas y gastadas, y a su derredor los niños ventrudos, medio desnudos, con las cabelleras hirsutas y las caras tiznadas rodeados de una caterva de perros de todos tamaños y colores. En los cruceros, guardavías armados de banderas rojas detienen la marcha de los automóviles para dar paso a nuestra jadeante locomotora. Unos minutos después y empezamos a recorrer una vasta zona industrial, erizada de chimeneas que vomitan humo, el consabido cinturón fabril de todas las urbes, el panorama se transforma y las usinas muestran sus carcomidos muros grises a cuyo derredor se hacinan furgones cargueros o núcleos de hombres habituados a respirar los nauseabundos olores que despiden, actividad que bulle inacabable, haciendo realidad la bíblica maldición del trabajo, no siempre elegido por vocación sino por apremiante necesidad, y que si bien representa para muchos una real bendición, en cambio para otros se ostenta como el castigo consecuente de la desobediencia, y de la humana obsesión, pecaminosa y sublime, placentera y atormentadora: el sexo.

Desde mi sitial imagino con tristeza a mis congéneres: consumirse, envejecerse, sumisos, resignados, viviendo entre el monótono ruido infernal de las máquinas, y la insufrible batahola de los desperdicios, de la mugre, de los pedazos inservibles de los materiales hacinados, apenas distraídos por las piruetas de los futboleros, o aliviados por el vómito de gritos disfrazados dizque de canciones que exhalan como una ola pestífera las radiodifusoras comerciales, verdaderos antros de ruido y estupidez.

¡Ah!, cuán diferente resulta entonces el trabajo del campo, que con todo y su dureza, pone al menos al hombre en comunión con la tierra, con el aire, el sol, la lluvia, el paisaje, la verdura y el pájaro.

Mas detrás de los ventanillos del tren todo huye, todo escapa, el cielo gris ennegrecido por el smog, el panorama deprimente, las viviendas obreras tan demacradas como las fábricas, los basureros a cada lados de las vías amenazando hasta el cuello a los desprevenidos humanos; así el ferrocarril va atravesando las filas de durmientes, tal si la tierra misma caminara bajo el fragor rojizo de la locomotora.

Entonces, empiezo a pasear la mirada a través de los dos vagones semi-vacíos, ni a quién ofrecerle mis mercancías, pero un señor llega hasta

mi sitio y me solicita un ejemplar del periódico de la tarde con que intenta atenuar su espantoso aburrimiento. Se lo entrego y me vuelvo a fisgar por los ventanillos hacia fuera, mientras, con igual curiosidad, intento echar una ojeada a mi alma hacia dentro. En media hora hemos dejado lejos la ciudad y el sol encimoso del medio día alborota las columnas de polvo, entonces surgen largos trechos cubiertos de flores silvestres y milpas alternando con las lomas bajas y peladas, y algunos matorrales se extienden a lo lejos naciendo de la tierra arenosa y erosionada, luego penetramos entre un verdadero enjambre de vías, rieles que entroncan y se separan, curvos, rectos, algunos concluyendo a quinientos metros, otros prolongándose hasta la frontera misma, allá donde el país termina. La máquina exhala un pitido corto y va deteniendo su velocidad hasta pararse frente a una vieja estación de mampostería igualmente sucia y escarapelada. Es Lechería. Poco tiene que ver con el nombre, pues el preciado líquido es lo que más debe escasear en semejante sitio. Dos humildes mujeres suben al vagón para ofrecer algunas piezas de pollo frías que tienen la traza inequívoca de haber sido cocinadas hace algunos días y unos cuantos tacos trasnochados y aceitosos, verdadero reto para los estómagos más resistentes. Los pasajeros con traza de campesinos regatean un poco, pero al final compran, y yo siento una especie de alegría por las vendedoras, mi compensación llega pronto, pues me piden dos botellas de refresco que se dividen entre todos bebiendo del mismo envase.

El boletero y el conductor del tren con un papel enrollado que contiene las órdenes a las que se debe sujetar la marcha, aparecen sonrientes, tal si se acabaran de contar algún chiste. El de los pasajes, es el más joven y me sonrío:

—¿Eres nuevo, verdad? —me pregunta. Y su tuteo me ubica, ya que sólo soy un simple vendedor con uniforme.

La máquina lanza otro silbatazo y reanudamos la marcha. Esta vez el tren camina ligero y parece que a la vieja y fatigada locomotora le han salido repentinamente alas, pasamos bajo el túnel de Barrientos, y aparece ante mis ojos, con la rapidez que surge la mutación de un decorado teatral, una llanura fértil, vasta, que aparenta acabar en el horizonte lechoso. Me quito la gorra y me aflojo la corbata. El aire que aspiro profundamente, me despeina los cabellos y me pica agradablemente el rostro. El cielo abombado luce como una concha de nácar. El terraplén separa sembradíos. De vez en cuando atravesamos un pequeño puente. En alguna curva la máquina se deja ver, llevando el compás de la marcha con sus flechas relucientes.

Después de pocos minutos llegamos a Teoloyucan, luego a Cuautitlán, cuya estación parece dormitar bajo las altas ramas de los árboles. Me levanto para ir al coche de primera por ver si se ofrece algo, pero la decepción me devuelve a mi sitio, sólo el conductor y el boletero continúan parlotando indiferentes. Entonces me pongo a leer el encabezado del periódico para evitar dormirme. Las estaciones continúan sucediéndose, pero me parece que todas son iguales: un edificio de piedra y ladrillo que alberga una paupérrima sala de espera donde medita la tristeza de la inanición perenne, un hombre con traza de peón, una galería llena de telarañas que sirve de bodega, donde ya no se almacena nada, pues la Revolución distribuyó minuciosamente el desgano y la miseria, y en los pueblos pequeños ya no hay granos, ni frutas, ni ganado; las antiguas haciendas son tan sólo un montón de piedras viejas, donde se asolean las lagartijas, y el ferrocarril ya no tiene qué transportar, excepto a unos pobres viajeros escuálidos que se aventuran a usarlo por ahorrarse una considerable diferencia en el precio del autobús, demasiado elevado para sus bolsillos. El convoy se detiene y el conductor se baja a solicitar órdenes del jefe de estación. En algún depósito la máquina toma agua.

El del carro correo asoma la cabeza para dejar un paquete de cartas y recibir un bulto de lona gris con la correspondencia.

Algunos viajeros suben para apearse a la siguiente estación. Llegamos a Nochistongo, luego a la cuesta de Dorantes, entonces la locomotora disminuye su velocidad, al grado de que sería posible seguir al convoy corriendo a regular paso. Bocanadas de humo negro y alharacas de fuego que se desparrama a los lados, escurriéndose de la caldera, anuncian el penoso ascenso, aquella pobre máquina, pieza más digna de un museo, resopla, se fatiga, se mea, gime, y su angustia me contagia.

Poco a poco nos vamos sumergiendo en un paisaje semi-lunar, donde un polvillo fino, verdoso y molesto que me obliga a estornudar muchas veces, me anuncia la proximidad de una fábrica de cemento. Nos detenemos, dos docenas de obreros portando gorras rematadas con una visera, suben riendo y hablando palabras soeces, uno me silba, con el desparpajo habitual con que se llama a un perro, y no obstante, en su actitud desenfadada, no hay nada sinceramente de ofensivo, se diría más bien, que es su manera habitual de tratar a sus semejantes. Me vuelvo a mirarlo, en aquella cara llena de pelos que inundan hasta las mejillas, las patillas se prolongan hasta el final de la barbilla. En su bigote mal recortado, en su mirada, adivino esa expresión retrasada, inamovible, de las gentes cuyo trabajo manual,

las aleja por completo del uso de las facultades del intelecto, pero para mi buena suerte, el peludo me pide que les lleve unas cervezas bien frías; entre todos sus compañeros reúno hasta veintidós botellas el fanfarrón, que no acepta la cooperación de sus compañeros me paga cuarenta pesos, y hubiese reunido mucho más, si no estuviésemos entrando ya en el patio de la estación de Tula, terminal del viaje. Un común desencanto nos invade, ellos por el deseo de continuar bebiendo a costas de su anfitrión, yo por la perspectiva de vender unas cuantas botellas de cerveza más. Me asomo a mirar la población. Aquí fue la cuna de los legendarios toltecas, cuyas pirámides reposan indiferentes como en los tiempos del presagiador Quetzalcóatl, cuyo sueños proféticos se cumplieron con exceso. Cuento los billetes una vez más y haciendo un diminuto rollo me los guardo en el bolsillo del saco. El tren se detiene y yo me entretengo en recoger los envases dispersos por el piso.

Ser el agente del 13 y 14 tenía pocas compensaciones. Poco a poco fui conociendo a mis demás compañeros quienes viajaban a los más remotos lugares de la República; algunos exageraban las bellezas naturales y otros sus conquistas y aventuras, cuando llegaban a la terminal con liquidaciones de algunos cientos de pesos, mis ventas parecían ridículas y por consecuencia así eran mis ganancias, que apenas me proporcionaban lo indispensable para evitarme el acudir a mis padres para poder cubrir mis más estrictas necesidades, no obstante iba aprendiendo a disfrutar el tiempo, me adaptaba a la monotonía de un viaje corto, idéntico, que no ofrecía ningún aliciente.

En ocasiones el tren se retrasaba y llegábamos a México al filo de la media noche, entonces: el sueño, el cansancio y el polvo adherido, incrustado se unían al pésimo humor de los pocos pasajeros que descendían en el andén de Buenavista aburridos y maldicientes, jurando no volver a abordar en su vida aquel endemoniado fierro rodante, que se quedaba parado a la mitad del campo dos o tres horas para dejar la vía libre a los larguísimos trenes cargueros que se movían penosamente a cuarenta kilómetros por hora, o a los trenes rápidos compuestos únicamente de coches pullman y que con prioridad de vía partían de la central a las seis o siete de la noche con destino a Monterrey, Guadalajara o Veracruz.

Un día regresamos a obscuras, pues se descompuso el sistema eléctrico de los coches, otro, nos quedamos varados a las puertas de la ciudad, porque según dijeron la máquina se quedó “muerta” y fue preciso esperar otra para que nos remolcara, una vez se calentó el bronce de la rueda de uno de los coches, mismo que tuvimos que desenganchar abandonando aquel trasto pulgoso que sólo tenía el nombre de tal, tan sucio e invadido de chinches era.

Mientras tanto yo aparte de vender mis modestas mercancías compraba siempre algún libro con qué distraer el tedio del viaje. Cuando la lectura me cansaba solía asomarme a los ventanillos para mirar cómo se reflejaban las luces sobre el terraplén, produciendo la ilusión de fuegos fatuos que encendieran la tierra gris.

Gradualmente me hice amigo del boletero y me fui habituando a dormir mis siestecitas, a escuchar sin alarmarme cómo las ruedas de los vagones, al rozarse con los rieles chirriaban frenéticamente, amenazando

sacar al tren de la vía. A veces hasta llegué a imaginar que también el acero tenía derecho a protestar y a quejarse; comenzaron a dejar de importarme la visión de la máquina en las curvas, la trepidación de los vagones saltando los espacios entre los rieles, o los guiños rojos, verdes, anaranjados y azules de los semáforos que regulaban el tráfico por las noches, dejó de asombrarme la potente farola de la locomotora, como el ojo de un cíclope monstruoso, y después de algunas incursiones en su interior, constaté que el ruido, el calor y el bailoteo de los fierros sumían al visitante en una dimensión verdaderamente infernal, al grado de que pronto puse un hasta aquí a la singular aventura de la que salí con los pantalones manchados de chapopote.

Empezaba a entristecerme la imposibilidad de asistir por la tarde a un cine o al teatro, y las mañanas que tenía libres, aparte de levantarme algo tarde o bañarme con cierta holgura de tiempo no me servían para nada, pues a la una de la tarde debía de almorzar tuviera hambre o no y a las tres estar encaramado en aquel armatoste sucio, al que sólo de vez en vez aseaban un poco.

Los sábados y los domingos solía haber mucho mayor movimiento. La gente iba y venía para visitar a sus familiares, para comerciar, o para pasearse en los días en que su trabajo les dejaba libres. Empecé a vender por mi cuenta sándwiches, paquetes de galletas y algunas chucherías cuyas exiguas utilidades me propuse dedicar a la compra de un nuevo par de zapatos que no rechinaran.

Un sábado amanecí con la sensación de que algo diferente habría de ocurrirme, y lo atribuí a la lectura de algún libro afrancesado a los que tan aficionado era por aquel entonces.

Aquella ilusión por enamorarme, tal vez más fuerte que por gozar del sexo y que tanto me había tentado desde la secundaria volvía a hacerse presente, era un anhelo subconsciente por conocer el secreto de la pasión y aún a sabiendas que sólo podría engendrar sufrimiento y desasosiego me volvía a perseguir con inquietante insistencia, o tal vez con esa premonición urgente que nos impulsa a develar lo oculto. Imaginaba que para un escritor la mujer y la pasión debían ser dos herramientas irremplazables; los años me han demostrado que el creativo requiere otros elementos muy diversos, aunque extrañamente relacionados: la soledad y el trabajo, el estudio y la observación, la lectura y el hábito de meditar. Me había fabricado un maniquí con mi fantasía que conjuntaba las diversas perfecciones que me habían impresionado de las pocas mujeres que hasta entonces había conocido o con quienes tenía algún breve acceso; pero aquella mujer, sueño hecho de peda-

bitos incoherentes, tenía esa frágil inconsistencia de lo irreal, que se desvanece en cuanto abrimos los ojos; es verdad que impresionable como era me hacía la ilusión de haberme enamorado, de las actrices francesas cinematográficas en boga, o de las heroínas de las novelas de Ponson Du Terrail, Zola, Lamartine o Xavier de Montepin, pero la mujer de carne y hueso se me había escapado siempre, y en aquel ambiente –pensaba– iba a ser mucho más difícil hallarla; por ello, cuando aquel domingo llegué a mi trabajo y observé que habían cambiado el viejo coche de primera por otro mucho más nuevo y mejor dispuesto, sentí que el vagón era apropiado para que se cumpliera mi presentimiento. Me puse a picar hielo sobre las bebidas y a disponer mis mercancías en canastos y charolas, esperando que la buena afluencia de pasajeros las agotara, y apenas el tren arrancó, aprovechando el calorcillo del mes de abril, empecé a ofrecer con una seguridad que me desconocía las dos o tres marcas de cerveza, al fin había superado aquella timidez que me inhibía al principio, y aunque igualmente respetuoso de los clientes se me iba facilitando.

Aquella tarde, por extraña coincidencia el coche de primera estaba lleno, así que no se hicieron esperar los pedidos y las existencias se fueron consumiendo rápidamente, entonces, en el último compartimiento, como surgida de la lámpara de maravillas de un genio oriental, la vi, más bella, mucho más bella y seductora que todas las mujeres a quienes mi cabeza demasiado caliente de sueños hubiese podido suponer. Debí enrojecer hasta la punta de los cabellos, mientras una picazón como de mil alfileres que se me enterraban, me electrizaba todo el cuerpo. ¡Y por primera vez sentí vergüenza, una indecible vergüenza de mi precaria condición y de mi oficio! La muchacha iba acompañada de otra, que me solicitó con aire distraído dos refrescos y me preguntó si llevaba algo de comer, le respondí que sólo disponía de algunos sándwiches, que seguramente no les habrían de parecer muy apetitosos. –¿Por qué? –interrogó la joven hermosa, y yo no tuve valor para responderle de frente ni verla a los ojos y apenas alcancé a balbucir entre dientes que eran frescos, pero que desafortunadamente el tren, que hacía un recorrido tan corto, no contaba como en los convoyes de largo recorrido con un coche comedor, donde ellas pudieran ordenar una comida adecuada para personas de su calidad. La joven se sonrió de mi explicación y me solicitó los sándwiches, y yo regresé a mi improvisado almacén turbado y sin saber qué hacer, ¡tal era la repentina confusión que me había ocasionado! Tomé la charola a la que dispuse lo mejor posible y con las botellas de refresco, los vasos de cartón que casualmente llevaba, pues la empresa no nos proporcionaba nada, y armado de la botella salsera, la

mostaza, la mayonesa, me encaminé de nuevo al vagón, intentando serenarme. Tendí la charola mientras descorcholataba las botellas.

–Siento mucho no poder ofrecerles nada mejor, señorita –dije bebiéndola con los ojos bajos, tal si yo fuera culpable, de que ella, quien merecía sin duda los más suculentos manjares, tuviera que contentarse con aquella comida frugal.

–¿No han comido ustedes antes de abordar? –insistí, y sin aguardar respuesta balbuceé–, en las estaciones tampoco hay nada, solamente unos tacos fríos que traen unas señoras, pero no inspiran mucha confianza.

Las muchachas dieron algunos mordiscos al pan y algunos sorbos a las bebidas.

–Tampoco tenemos vajilla –me excusé neciamente–, pero ahora que me acuerdo yo traje algunas frutas y si me permiten les convido. Y sin esperar respuesta me fui a buscar al fondo de los cajones de madera un par de manzanas rojas que regresé a ofrecérselas con visible satisfacción.

–¿Cuánto te debemos? –me preguntó amablemente la joven y hasta entonces me enteré de que tenía el pelo rubio y que un mechoncito le caía coquetamente sobre la frente blanca, como un alabastro de carne finamente moldeado. Con aquel cúmulo de emoción apenas podía hacer las cuentas.

–Pues... los refrescos son a ochenta centavos y los sándwiches a un peso cincuenta. Vendemos caro, pero, no es culpa nuestra... nosotros no más ganamos una comisión.

–¿Y las manzanas? –me preguntó, mientras daba un mordisco a la fruta tiñendo la pulpa blanca con el rouge.

–¡Esas eran mías y yo me permití obsequiárselas –respondí.

Las muchachas hicieron las cuentas.

–Son trece pesos –dijo la otra–, allí tienes, lo demás es para ti –y sacó del bolso dos billetes arrugados, uno de a diez y otro de a cinco pesos.

–Nadie me da propina.

–Pues nosotras sí.

–No se moleste por favor señorita. Tenga su cambio –saqué dos billetes de a peso y para evitar que se fueran a ofender agregué– yo estoy aquí para servirles.

–Si no quiere no le des mana... –sentenció la joven terminante y luego con aire glacial ordenó: –¡Tráigame unos cigarros.

La miré sin responder. El usted me había dolido como un puñado de sal sobre una herida.

A la muchacha del tren le dio por viajar dos veces cada semana. Los domingos subía a Tula y regresaba a México al día siguiente, siempre acompañada de su amiga.

Hoy intento reconstruir el retrato de su belleza, grabado en una tinta indeleble en lo más recóndito de la memoria, en ese abismo del que no afloran fácilmente las imágenes adheridas al inconsciente, sino a través del tortuoso misterio de los sueños; pero que siguen allí, como una película en lata esperando ser proyectada en la pantalla.

De ese archivo extraigo las armonías de su cuerpo tentador, la hermosura de su rostro incapaz de ser plenamente expresado con palabras, y que más bien clamaba por la genial maestría del pincel florentino o de las divinas armonías de los sueños de amor de Liszt.

Mis dedos entrenados en la descripción intentan hilvanar los retazos del recuerdo, sirviéndome de los únicos instrumentos que me son familiares la sensibilidad y la palabra. Son la suma de miradas furtivas, unas de cerca, otras desde lejos, cuando yo me aparecía en el vagón, para servir las bebidas u ofrecer mis mercancías, más con el alma y la vida puesta en ella, devorando, aquella cascada de cabellos rubios que como hebras de sol, caían sobre la palidez nacarada de la espalda, tras cuyo curso mis pupilas descendían atrapadas con el ansia frenética del deseo, porque en toda ella se alojaba una sensualidad implícita. Los ojos negros, inquietos siempre como atraídos por una indomable curiosidad se perdían entre las largas pestañas misteriosas bajo el impecable y fino arco de las cejas: una perpetua chispa de vida, de alegría, de malicia retozaba en ellos. La boca fresca, como anticipada promesa de placeres inenarrables se plegaba entre el rictus de una sonrisa que a veces se desdoblaba en ironía de chiquilla traviesa que se esconde para reírse a escondidas, si bien en ocasiones, aquel rictus risueño me parecía que encubría una cierta tristeza, tal vez la decepción de ser una mujer que hubiera deseado permanecer eternamente chiquilla; las aletas de la nariz fina, se estremecían suavemente, mientras las mejillas apenas coloreadas proclamaban un cutis de alabastro respetado por el sol, como de princesa nórdica, ¿Qué habrán hecho los años de ese dulcísimo rostro Dios mío? Nunca he vuelto a contemplar otro igual; he deambulado por casi todos los países del mundo, y aun los rostros de porcelana de las japonesas carecían de esa tersura, de esas líneas suaves, elegantes, privilegio de las mujeres ¡desespe-

radamente bellas! ¡Cuántas veces aquella pasión semi-platónica se desbordó al cuello, a la suave oquedad de las pequeñas orejas sabiamente formadas!

¡Cuántas, incontables ocasiones mis labios descendieron por la nuca, anudando los ricitos rubios que bailoteaban entre el cuello o sobre los hombros que iban a ensancharse luego en las ocultas turgencias que parecían bullir, rebelarse, erguirse triunfantes desafiando la tela que las trituraba, entre el rítmico compás de la respiración! ... y cuántas más, con la imaginación mis dedos volaron sobre los senos erectos, suavemente duros, que concluían en la apoteosis de aquel botón sonrosado, cuya perfecta armonía invitaba a succionarlos en un rito de adoración que se obstinaba en besos entre el espasmo de una caricia interminable; copas espléndidas que contenían el más embriagador de los vinos, el más exquisito de los licores, el supremo elixir del amor y de la vida, la misteriosa esencia que ha nutrido a los hombres lo mismo de ensueño que de alimento.

Todavía hoy me inquieta, me excita el solo recuerdo, de aquella vez en que nos topamos en el pasillo del vagón, ella se había levantado a dar unos pasos para evadir la fatiga de permanecer sentada y yo le rocé por descuido un pecho con el codo, me estremecí de placer, tal si hubiese recibido una descarga eléctrica y aún muchos días después me tocaba el brazo con suprema delectación, reviviendo la sensación inesperada de un goce jamás presentido.

La joven solía usar vestidos ajustados, casi siempre de colores claros, o en tonos pastel que anunciaban inequívocos una cintura escultural, que se bifurcaba en la espléndida prominencia de las caderas, redondas, insinuantes, perturbadoras, y que parecía desvanecerse en la graciosa curvatura del vientre.

Dos piernas estatuarias, ágiles, incapaces de ser plasmadas en mármol por el más perfeccionista de los escultores, bifurcaban aquella mística esplendidez de la carne, paráfrasis de la Afrodita, tan fresca y lozana como la naciente heroína de la primera mañana del mundo mosaico, rematadas por los diminutos pies, que con los talones enrojecidos, jugueteaban su alegre ligereza alada casi siempre apoyada en las puntas ¡Tan altos y elegantes solían ser siempre los tacones de sus zapatillas! ¡Pies de divinidad, de elegida de un parnaso, donde la belleza es culto y la deidad ostenta las formas caprichosas de un soberbio cuerpo de mujer!

Mirándola aprendí que la verdadera perfección, lejos de darse en el arte, sólo existe en lo auténtico, en lo real, en lo creado por el artista superior, inimitable, el hacedor del eterno femenino.

Se ha desvanecido en mi memoria el recuerdo del número de viajes que hicimos juntos, si bien advierto que los había cuidadosamente anotado en una especie de diario que después no tuve la constancia de seguir. Hoy sólo me quedan, como parpadeos relampagueantes las imágenes aisladas de esos días.

Una vez la vi maquillarse, formó con los labios una flor de carne roja, tal si fuera a besar el espejo de la polvera y pasó el cosmético contrayéndolos; otra ocasión en que su amiga viajaba en el asiento de enfrente, se sentó a mi lado algunos minutos a conversar, y yo sentí la proximidad de su pierna contra la mía, y esto me turbó tanto, tal si aquella cercanía impersonal, fuera el preámbulo de un festín de voluptuosidades.

Otra vez, fue en una tarde en que ella me pidió que le abriera la ventanilla, le gustaba mirar cómo el tren engullía planicies, valles, puentes, sembradíos, bosques pequeños y lejanos acurrucados al pie del lomerío, yo le miraba los hombros donde se asomaban impúdicas las cintas de elástico del brassier, los tres respirábamos a pleno pulmón el aire tonificante del campo, debió haber sido en algún viaje de regreso, pues una luz azulada empezaba a filtrarse, los cabellos se le alborotaron con el viento y fueron a dar a mis labios.

—¡Te estás comiendo mis cabellos! —protestó.

—Me gustaría poder devorarte toda! —le respondí.

Aquella vehemencia pareció haberla desconcertado pues se puso seria y se me quedó mirando con cierto aire ofendido, aquel reproche mudo me hizo comprender lo inoportuno de mi atrevimiento, sentí que mi cuerpo se hundía entre un avispero de punzantes agujas, y me levanté pretextando que podían necesitar me en el otro coche. La idea de que mi necesidad la hubiese disgustado me torturaba, y opté por alejarme reprochándome mi falta. El tren corría entre dos largas filas de árboles y yo imaginé que estos se me venían encima. Una rabia sorda se había apoderado de mí. ¿Por qué habré nacido tan torpe? —me preguntaba y luego, buscando atenuar mi culpa se la endosaba a mi mala suerte. ¡Oh!, ¿cuántas veces he querido ser el amante y sin embargo apenas he conseguido atraer de las mujeres, o una mirada desdeñosa, o un gesto de absoluto desagrado? y ahora que apenas empezaba a tener una amiga, lo echo todo a perder, soltando imprudencias,

y las palabras machaconas se ensanchaban en mi imaginación, tal si se tratase de un crimen irreparable.

Me volví a aparecer cuando nos aproximábamos a México. Una claridad láctea que se había instalado en el horizonte, anunciaba el final del viaje, ella se había recostado en el respaldo, inclinándose sobre el hombro de su acompañante, tenía los ojos entrecerrados y yo pregunté tímidamente por ella.

–Le duele un poco la cabeza –me respondió su amiga en tono displicente.

Regresé al instante con una aspirina y una botella de agua mineral.

–No gracias. No deseo nada –se excusó.

No hallé valor para insistir. Llegamos a Buenavista. Las vi descender del vagón y perderse por el andén, entre el resto de los viajeros. Sentí que se había apoderado de mí una honda tristeza, en la que ya apenas quedaba lugar para el enojo.

Apenas recogí mis cosas abandoné la estación. Aquella noche renuncié al café con leche y a los panecillos salados con que solía regalarme en un café de chinos al final de mis viajes.

Debo haber pasado una de los peores crisis de las que mi desbocada obsesión por las mujeres ensombrecieron los días agitados de mi juventud. El ir y venir en el tren en lugar de distraerme sólo conseguía sumirme en una enfermiza melancolía. Conté las estaciones para concluir cada viaje, las horas, y hasta los minutos, esperando con abrasante ansiedad la llegada del domingo.

Ensayé mil disculpas y empecé a cavilar que si la recibía con un ramo de flores volvería seguramente a recobrar su amistad, no obstante aquella descabellada idea terminó por desecharla, ya que las burlas no se harían esperar; el boletero comenzaba a mirarme con extrañeza, y mi mutismo, mis respuestas cortantes, mis largos silencios contemplando el paisaje siempre idéntico, mi nula actividad e interés por servir a los pasajeros, acuciaban su curiosidad.

Ella ocupaba todos mis pensamientos, y los demás, pertenecían sin distinción a la categoría de gentes que no me despertaban ni un mínimo interés.

El viernes, en el colmo de aquella duermevela, me pareció verla pasear por el coche de primera, pero se trató sólo de un espejismo provocado por aquella excitación intensificada por el misterio que siempre rodeó a la muchacha del tren; lo que aunado a mis desveladas, a que me abstenía de comer pues se me había huido el apetito, me empezaba a producir alucinaciones.

El boletero se acercó a mis cajas repletas de botellas y con fino disimulo me preguntó:

—¿Y que pasó con tus amigas?

Debo haber palidecido, pero traté de fingir indiferencia.

—Seguramente el domingo vendrán.

—La rubia es muy guapa —reconoció el hombre—, mucho mejor que la otra.

El aguijón de los celos me hizo odiar al entrometido, pero encontré serenidad para responderle:

–Las dos son muy lindas chicas.

Y dimos por concluida la entrevista.

Al fin llegó el domingo. Por la mañana temprano asistí a misa con la esperanza de que Dios se compadeciera de mí. En seguida me dispuse a ir al trabajo limpio y bien trajeado como para una fiesta, disponiendo además mis mercancías con una hora de anticipación.

La hora de la partida se fue acercando y al ver que las chicas no llegaban me acerqué a espiar a la sala de espera. Los nervios empezaban a traicionarme, me subí al convoy cuando ya iniciaba la marcha. Estaba realmente desesperado, algunos pasajeros me solicitaron cervezas frías y yo me olvidaba hasta de cobrarles, después de un rato entré al vagón de primera y para sorpresa mía encontré que en un asiento estaba, no la joven de mis sueños, sino aquella amiga anónima, esta vez con una mujer de mayor edad, muy maquillada y con lentes oscuros. Me acerqué para preguntar casi angustiado, con la garganta seca:

–¿Y la señorita?

–¿Crearás que no nos hemos visto desde aquel día? ... ¡No me ha hablado para nada ... ¡La muy pazguata! –me respondió su amiga.

–Debe estar enojada– admití apenado.

–¿La Muñeca enojada, con quién?

–Conmigo, dije una impertinencia la otra tarde. Confieso que estoy arrepentido y que no fue mi intención ofenderla.

–¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Quién se fija en eso?

–Se despidió muy seria... –aclaré.

–¡Así es la Muñeca! Total, si se enoja, pues ya se contentará. ¡No le hagas caso y verás como se le pasa y te vuelve a hablar como si nada!

La otra mujer abrió la boca.

–Tráenos dos cervezas.

Pero antes de girar para cumplir la orden, me volví para suplicarles:

–Si ven a la señorita, díganle que siento mucho que no haya venido hoy, y que desearía verla para pedirle una disculpa. ¡Y que por favor no se enoje conmigo!

—Esta bien —dijo la muchacha—, yo le diré que la mandas saludar, pero no pongas esa cara, por Dios, que la vas a asustar.

Y me fui en busca de las dos botellas de cerveza.

Empezaba a tranquilizarme. ¡Oh, psicosis de la pasión tan mordiente y tan extraña! Basta que alguien nos hable del ser amado, que le conozca y que le trate, para que aquella persona inmediatamente adquiriera un rango en nuestro interés, entonces sus palabras, aun las más insignificantes, nos pueden proporcionar un consuelo o, si el comentario no es favorable, sumirnos más en la desesperación, aquella plática me calmó, permitiéndome desempeñar mi trabajo y vender más de noventa pesos en el viaje redondo.

Sin embargo la semana volvió a descargar sobre mí el fardo de su ausencia, aunque a ratos se me aparecían jirones de lucidez en que me reprochaba acremente: ¡Qué idiota soy! ¡Mira que ponerme así por una muchacha que ni siquiera sé quién es! Verdad que es hermosa, coqueta, desenvuelta, y debe tener hombres guapos a montones... y yo no soy más que un muchacho bobo que está haciendo el más espantoso de los ridículos. Me sublevaba además que ella ni siquiera imaginara el sufrimiento tan intenso que sin proponérselo, y por el solo hecho de no saber de ella, me ocasionaba; la suponía a ratos culpable por ser mujer y bonita, pero al instante la disculpaba, remordiéndome la conciencia por detenerme en esos pensamientos absurdos, en tanto que yo mismo me trataba de loco, maldiciendo aquel endemoniado carácter: enamorado, anormal, enfermo, heredado no sabía de quién, pero que de seguro no podía venir de mis padres a quienes veía tranquilos y lejanos de esas pasiones absurdas. Llegué a culpar a mis lecturas, que además habían contribuido al fracaso en mis estudios. Bien merecido me tenía aquella ocupación insignificante, yo mismo carecía de autoestima, y redondeaba mi mala racha enamoriscándome como un cretino, entonces las lágrimas me quemaban las mejillas, y un vacío, un hueco en el estómago me horadaba los nervios. Al volver del viaje me daba por caminar en las calles solitarias, pues sabía que era inútil regresar a casa e intentar dormirme.

En esos días dejaron de interesarme los libros, y hasta olvidé los sueños de llegar a convertirme en un escritor célebre, ocupado todo el tiempo en reconstruir sus palabras, sus gestos, sus vestidos, su cuerpo, el tono de su voz, aquel tintineo de cristal de su risa, sus peinados, hasta el maquillaje de las uñas y con la glotonería fetichista y nunca saciada del enamorado, me repetía encantándome de aquella palabra: ¡Muñeca! ¡Muñeca! ... era todo cuanto sabía de ella y el imán de aquellas letras, el sonido de aquel nombre,

eran un eco y una imagen que se repetía tenaz en mis nervios, en mi sangre, en mis pasos, en la trepidación del tren, en los guiños de los anuncios de colores y en la pluma que me tentaba. Una vez inicié una cuartilla, pero me desilusionó convencerme de que en aquel ensayo no lograría ni remotamente expresar lo que llevaba dentro, y por primera vez encontré a las palabras pobres, indignas de expresar su belleza y me calificué como un ignorante que no conocía otras, aunque con ningunas hubiera conseguido siquiera esbozar el fuego de aquella pasión torturante.

Entonces me encaraba la candidez tan frecuente en todos los enamorados, que ostentan la egoísta pretensión de suponerse que son más capaces de sentir, de sufrir, de amar que el resto de los mortales. ¿Cuántos años precisamos para saber que el amor-pasión es la más vieja de las obsesiones humanas? ¡Un virus que nos ataca a todos por igual! ¡Como el sarampión! Y que si bien algunos no sabemos expresarlo o preferimos silenciar por pudor nuestras emociones, en el fondo, todo hombre, para que se precie de serlo precisa haber amado, haber deseado, haber sufrido intensamente por una mujer. Y toda mujer, la más sencilla, la menos agraciada, ha tenido en la llave de sus labios, en la condensación de una palabra, o más bien de una sílaba, el ábrete-sésamo de la felicidad o de la desdicha, porque Dios ha querido dotar a las mujeres de ese poder, de esa tiránica voluntad reservada a las hembras, capaz de hacernos levantar castillos con una sola mirada, o de hundirnos entre abismos inenarrables con un mohín de indiferencia o un gesto de desaprobación.

Así, deambulando por el laberinto de aquellos confusos pensamientos recibí el domingo.

Sin embargo encontré ánimos para acicalarme desparramándome generosamente medio frasco de loción. Trataba de armarme de una seguridad que no sentía, de atraerme la suerte mediante un concentrado esfuerzo de la mente, jurándome que aquel domingo se acabarían mis angustias, y que la joven, conversaría conmigo prodigándose generosa entre un alud de sonrisas retornando al tuteo que me hacía ilusionarme tras la peregrina idea de que al menos le era simpático. Y las buenas cosas no suelen hacerse mucho esperar. Ella y su amiga llegaron antes que todos los pasajeros. Faltaba aún media hora para la salida cuando les vi subir su sencillo equipaje a la canastilla, en tres pasos atravesé medio coche y me dispuse a ayudarles, me quité la gorra para saludarla y les pregunté si habían comido, Muñeca me respondió con una amabilidad inesperada que no les había alcanzado el tiempo, pero que en Tula conseguirían algún bocado en la fonda.

Las cosas empezaron a salirme a pedir de boca. Fui presuroso por la lonchera que mi madre había provisto abundantemente con una generosa dotación de ensalada de camarones, jamón ahumado, queso manchego y postre de duraznos en almíbar, todo de manufactura casera, bien sazonado y de apetitosa apariencia, traje algunas botellas de cerveza y hasta café caliente.

–Se diría que nos esperabas. ¡Y que nos tenías preparado este banquete! –admitió Muñeca.

–Sí –respondí avergonzado–, pensé que ustedes no desdeñarían compartir conmigo la comida.

La joven me miró sonriente, yo envalentonado por su amistosa actitud pude regresarle la mirada, entonces me percaté de que llevaba un traje blanco de dos piezas, y que la blusa muy escotada le dejaba el cuello descubierto.

Ella y su amiga comieron de todo y cuando abrí las botellas de cerveza, me preguntó burlona:

–¿Y por qué cerveza? ¡Nunca me has visto beber cerveza!

Las botellas estaban abiertas. Me quedé unos instantes indeciso mientras hallaba la respuesta adecuada.

–Yo tampoco bebo –admití– y además nos está prohibido hacerlo en servicio, pero hoy desearía que aceptaran brindar conmigo.

–¿Brindar? ¿Y por qué? ¿Estás celebrando algo?

–¡El gusto de volver a verla! –respondí seriamente– Y de que usted me haya disculpado el atrevimiento...

Muñeca cambió una mirada con su amiga, quien le susurró:

–Te digo que se le ha metido esa idea en la cabeza.

–Yo no estoy enojada contigo –declaró Muñeca– y además... quiero darte las gracias por todo esto... y por los saludos que me enviaste. Ya veo que te acuerdas de mí.

Me puse radiante de contento.

–Entonces ¿podemos ser amigos? –propuse.

–Si quieres –concedió– ¡y conste que yo no estaba enojada contigo!

Y me alargó la mano que yo estreché con entusiasmo.

–Gracias –susurré.

Entonces ella, acercándose a mi oído me susurró:

–Mira, yo cobro quinientos pesos por un rato, pero si quieres podemos quedarnos a dormir en Tula.

Un alud de sentimientos y emociones me sacudieron como una descarga eléctrica.

De pronto comprendí todo. Muñeca y su amiga viajaban a Tula para prostituirse.

Hoy desearía conseguir imaginarme cómo llegué a Tula. Un vértigo debió haberse apoderado de mí. Nunca he vuelto a sentir en mi vida un entusiasmo tan intenso ante la proximidad del placer, frente a la entrega de una muchacha; tal vez porque con el transcurrir de los años todo nos va pareciendo monótono, o porque seguramente nunca he vuelto a toparme con ninguna mujer que me guste tanto como ella. Tal vez he encontrado hembras más bellas, pero nunca podría volver a conseguir mis diez y nueve años.

Ni siquiera me detuve a medir las consecuencias: faltar una noche completa a casa, abandonar el tren y el servicio, y disponer del total de las ventas que para entonces, y dado que mi liquidación sólo la efectuaba cada semana, rebasaba los ochocientos pesos.

Poco o ningún caso hice ya de los pasajeros y me fui a sentar muy atento frente a mis amigas, como si temiera que Muñeca se fuera arrepentir a última hora y todo se frustrara, pero ella permaneció tranquila y actuando con absoluta naturalidad. Aceptó gustosa los chocolates que le ofrecí y empezamos a conversar sobre cosas triviales, yo la miraba insistentemente, y aunque ella parecía disimular, aquella adoración muda, no cabe duda que le complacía a su vanidad de mujer que se vende, sorprendida quizás de encontrar en un adolescente aquella devoción tan ciega, tan incondicional. Su compañera, que hasta esa vez, supe que se llamaba Alma espiaba mis miradas con cierto airecillo de envidia y de burla, de pronto me preguntó:

—¿Te gusta mucho Muñeca, verdad?

—¡Oh sí! —dije yo, con una conmovedora sinceridad que jamás he vuelto a emplear en la vida—, ¡si pudiera, me casaría con ella!

Aquella desorbitada declaración las hizo reír, y Muñeca me susurró por lo bajo:

—Pues vamos a casarnos esta noche.

Llegamos a Tula a las cinco y media de la tarde, y yo decidí hacerme el perdido. Mis compañeros ni siquiera se enteraron de mi ausencia. Apenas abandonamos la estación yo me acomedí a llevar el equipaje de las muchachas. Caminamos unas cuantas calles y a la salida de la ciudad se detuvieron frente a una casa de un solo piso.

–Aquí es –dijo Muñeca–, me vas a dejar trabajar. Vete a dar una vuelta por ahí. Regresas a la una y me tocas –agregó señalando una ventana– ese es mi cuarto. Y puso un beso breve en mi mejilla como anticipo.

Las dejé entrar en la casa y luego muy obediente me fui a perder entre las calles del pueblo. Poco o nada había que hacer, ni siquiera se me ocurrió buscar un cine dónde matar el tiempo. Cuando había dado la vuelta entera a la pequeña población descubrí que ni siquiera había transcurrido una hora. Regresé a la estación donde el tren había partido y me fui a cobijar en el único estancillo que había frente al andén, y ante la sorpresa del tendero, me puse a contarle la primera parte de la mentira que me proponía fabricar. Me había dejado el tren. El hombre me aconsejó que aún podía alcanzarlo en la siguiente estación si alquilaba un taxi, pero decliné la propuesta, y con mal disimulado nerviosismo me puse a conversar, hasta que nos dieron las diez de la noche.

–Váyase al hotel –sugirió con ganas de cerrar–, mañana, total se regresa usted a México, el primer autobús sale a las cinco de la mañana ... o si quiere pasarse un rato alegre, pues allí está la casa de Doña Mere, pero es muy cara, se lo advierto.

Me hice el desentendido pero el tendero insistió con aires de conocedor. –Van pocas muchachas, pero escogidas, si no quiere gastar mucho, pues nomás se toma usted un par de cervezas y baila algunas piecitas.

Aquella testarudez empezaba a enfadarme, pues si por una parte me aseguraba, que por dinero, conseguiría con absoluta seguridad a Muñeca, por la otra, perdido el incentivo de la conquista, me descubría que aquella muchacha a quien tanto había idealizado en aquellas tormentosas semanas, no era más que una cualquiera. ¡Mi ídolo pues, era falso y decididamente mi suerte no era tan envidiable como yo había supuesto! Me despedí del charlatán, y considerando que aún me quedaba un buen rato de espera y que podía hacerme sospechoso para la policía si me veían rondando la población, me fui a sentar en el único lugar donde estaba cierto que nadie habría de molestarme, un banco en la sala de espera de la estación.

Mientras me aburría, ocurrió lo inesperado. Hacía buen tiempo pero luego empezó a calar el frío, una luz neblinosa alumbraba el patio desierto. Algunos furgones como fantasmas atrincherados entre la sombra, esperaban pacientemente muchas horas, para ser remolcados a otros destinos. Así son nuestras vidas –pensé– algo llega y nos jala, y nos lleva quién sabe dónde... y ese algo es siempre una mujer. Y cavilando en ella me quedé dormido.

Cuando desperté iba a dar la una, me fui a buscar un poco de agua y me alisé los cabellos. Entre las tinieblas de la noche, completamente oscura, me era difícil reconocer la casa, y con el corazón desbocado empecé a recorrer las calles, hasta que me percaté con pavor que en mi inútil búsqueda había dado la una y media. Empecé a desesperarme. El sudor se me helaba en la frente. De pronto, el rumor de una musiquilla lejana, me llevó a desviar unos pasos. ¡Allí estaba la dichosa casa! Entré al raquítico jardincillo. Un perro me ladró. Toqué con los nudillos de los dedos sobre los vidrios de la ventana y nadie me respondió. Empezaba a arrepentirme de mi proeza. A lo mejor está con algún cliente –pensé– o dormida, después de una buena juerga. Insistí cinco o seis veces más, y como nadie me respondía decidí tocar a la puerta, primero tímidamente, después con la vehemencia nerviosa que me prestaba la exaltación. Escuché voces, alguien preguntó ¿Quién? ¿Quién es?, con esfuerzo respondí:

–¡Yo! ¡Busco a Muñeca!

Escuché un leve cuchicheo y al final me abrieron.

Se trataba de una estancia de regulares dimensiones, alumbrada por algunos faroles rojos. Sobre las mesas de aluminio con anuncios impresos de una marca de cerveza, bebían algunos hombres, una mujer alternaba con ellos, otra gorda y pintarrajeada y con aires de ebriedad llegó después. La muchacha que vino abrirme con inequívoca pinta de sirvienta, se metió en una estancia continua que servía de bar, pues había una barra, botellas, vasos, bancos y un insoportable olor a vino barato, alumbrada por los foquillos rojos. Un muchacho afeminado, caminando ridículamente con grotescos contoneos de mujer se presentó a preguntarme que quería tomar, comprendí que entrando en un lugar así, debía forzosamente consumir algo y pedí una copa de lo que fuera.

–De eso, no hay –respondió el tipejo.

–Vine a buscar a Muñeca –le susurré–, a una chica que le dicen la Muñeca –insistí.

–No está –declaró tajante.

–Es que me citó...

–Si no la ve por ahí –dijo señalando a otras mujeres que bebían en el bar–, ya se fue seguramente.

–Pero si quedamos... –alegué contrariado.

–Solo que si le salió un cliente ¿Qué quieres hacer? Pero les puedes hablar a las otras muchachas, aunque algunas están cenando o ya se durmieron. Si quieres, puedo traerte a alguna a ver si quiere acompañarte.

–No. Gracias –respondí, no sé si furioso o desencantado, pero cuando iba a lanzar la primer palabra, salió Alma de no sé dónde y comenzó a regañarme.

–¡Mira nomás! ¿Qué horas son éstas de llegar? Te están esperando. ¿No que querías mucho a la Muñeca? Pues la hiciste perder un buen cliente... y ya no quiso ni bailar, dizque porque ibas a venir.

Me excusé como pude.

–¿Dónde está? –le pregunté.

–En su cuarto. Ya ha de estar dormida. Ni siquiera quiso cenar. Ahora te llevo.

El afeminado se presentó con la copa, de la que ni caso hice, y cuando seguía a Alma, se me adelantó para cobrarme el importe de la consumición y el de la recámara, total ciento cuarenta pesos, se los di, y Alma recogió mi copa reprochándome el olvido.

Atravesamos el bar, un patio pequeño y llegamos hasta una habitación con la luz encendida, yo procuraba disculparme.

–Estuve tocando en aquella ventana.

–Es que nos cambiaron de cuarto –aclaró Alma–, ahora voy a ver yo con quién me acomodo. ¡Es tu ferrocarrilero! –agregó con voz fuerte, mientras daba vuelta a la manija de la puerta.

Muñeca estaba sentada sobre la cama, limándose las uñas.

–¡Es tan tímido que no se atrevía a tocar fuerte! –explicó Alma y salió despidiéndose con cierto gesto pícaro.

Muñeca se quedó cabizbaja y murmuró:

–Cierra la puerta y pon el pasador.

Se levantó. Llevaba unas pantuflas y una bata acolchada. Se había desatado los cabellos y hasta entonces pude cerciorarme de que eran pintados, y que aquel rubio desteñido suplía a su verdadero color natural, un tono casi dorado de castaño. Su andar era airoso, grácil, liviano, apagó el foco y encendió una lámpara de buró al lado de la cama, la pantalla era rosa y

estaba pringada de excrementos de mosca, un olor de perfume y de mujer, de intimidad y coquetería, de lujo y degradación me embriagaba inundando todo, aquella muchacha invertía en la seducción una buena parte de la explotación bochornosa de su carne, empezó a destender la cama con un dejo de fastidio, de tristeza o de desagrado, yo la observaba en aquella acción como debí haber contemplado el ritual de una sacerdotisa frente a un dios babilónico.

–¡Muñeca! –pude exclamar débilmente– ¡Te amo! ¡Estoy enamorado de ti y no he dejado de pensar en ti un solo momento!

Siguió arreglando displicente las almohadas. La vista de sus caderas bajo el sostén de la bata, debe haberme azuzado la exquisita intención de pecar, y sin embargo encontré fuerzas para decirle:

–Si no quieres no haremos eso... De todos modos te pagaré. ¡Sé que has dejado ir a un cliente por estar conmigo! ¡Pero yo deseo otra cosa de ti: tu amistad, verte cuando viajas en el tren... que vengas todos los domingos!

Se volvió curiosa.

–¿Es que te has arrepentido? ¿Ya no te gusto?

–¡Muñeca! –exclamé con la lengua casi pegada al paladar. ¡Te amo desesperadamente! ¡Me gustas mucho más que todas las mujeres que he conocido en mi vida! ¿No ves que estoy temblando de amor por ti?

Y le tomé las dos manos.

–¿Entonces? –interrogó.

–Quiero mucho más de ti. ¡Quiero lo que le das a nadie!

La vi cerrar los ojos, la bata le descubría las clavículas, y yo, aturdi-do por aquella borrachera de perfume, le besé la garganta.

–Hoy no he entrado aquí con nadie –me susurró al oído–, ¡quería ser para ti, únicamente para ti! Estuve con un cliente, que me paga por tomar con él, más bien por acompañarle pues no me gusta beber, aunque él no es imprudente...

–Entonces Muñeca... ¿No te caigo mal?

Me echó los brazos al cuello y los enroscó en mi cuello.

Empecé a besarla con desesperación.

–¡Desnúdame! –pidió– a nadie dejo que lo haga.

Y la sentí rendida, palpitante, entre aquel enervamiento desfallecedor de la voluptuosidad. Empecé a quitarle las prendas, exhausto ya de placer, la bata acolchada de la que se desprendía aquel perfume embriagante, el brassier impregnado de la tibieza de su cuerpo. Mis labios entretanto proferían palabras cortas, balbuceantes, que alternaba con caricias, comido de deseos inconfesables; empecé a besarle los cabellos, la espalda, la nuca, deteniéndome en los senos mórbidos, en la cintura, en los muslos, en las axilas, en los pies, ella estaba alternativamente alegre y sentimental, a veces reía, y otras se tornaba seria, porque lo más serio de nuestras vidas es el sexo.

–Las pantaletas... –murmuró.

Y yo las hice deslizar obsequiosamente, como quien descubre el misterio de lo vedado: la deleitosa morbidez de las nalgas frías, incitantes, pidiendo ser violadas, mancilladas, estrujadas, besadas. Entonces emergió de pronto toda esa sublime majestad de la mujer.

–¿Verdad que soy bonita? –me preguntó, recreándose sobre las puntas de los pies y apretándose un pecho con una mano. Su cuerpo desnudo se reveló sobre el modesto espejo del tocador. Pero ya no alcancé a responderle y comencé a poseerla con la fuerza de la pasión que sólo conocemos a los diecinueve años.

*(La sobrecarga armada de una mesita rodante se ha acercado a ofrecerme una bebida, le he solicitado un martini que será el anticipo del almuerzo.)*

El día empezó a entrar a través de las rendijas oloroso y radiante, aunque exhausto de placer me levanté temprano y temeroso de despertarla, puse un beso leve en la frente de Muñeca que dormía profundamente. Separé del dinero que llevaba el importe del pasaje a México, y dejé el resto cuidadosamente doblado sobre el tocador.

Tenía la esperanza de llegar a tiempo para conseguir el tren que venía de Guadalajara y que pasaba a temprana hora por Tula. Salí de puntitas de la habitación, en el patio llamé al afeminado, quien vino a abrirme. El sol me dio en la cara, la brisa mañanera me produjo un agradable escozor. Sentí hambre y decidí ir a caminar por las calles empedradas en busca de algún bocado barato y un café caliente.

Me sentía otro. La satisfacción espléndida de ser hombre radiaba en mis sentidos. ¡Nunca he vuelto a conocer una felicidad tan completa! La dicha infinita de haberla amado, de haber sentido junto al mío su cuerpo desnudo bajo la tibia complicidad de las mantas, de haber paladeado muchas veces el dulzor de sus labios, de haber gozado ¡Oh, divina locura! ¡Oh, embriaguez única, maravillosa!, aquella criatura hecha para el placer, que se me había dado con idéntica pasión, correspondiéndome con la más absoluta entrega que he conocido en mujer alguna, me turbaba llenándome de agradecimiento; en ese momento deseaba ser bueno, amable, generoso! ¡Sentía que las lágrimas me humedecían los ojos, pugnando por desbordarse de gratitud, no sólo a ella, a Dios, a la vida, a ese triunfal Eterno Femenino.

Los primeros tragos de café caliente me calentaron el estómago, el hambre me hizo cosquillas y los tamales de masa revuelta con chile muy picante, envueltos en dos birotos grandes, crujientes y dorados, me supieron a gloria.

Apenas comí me puse a espiar el tren, quería estar solo, cerrar los ojos y reclinar la cabeza para abismarme en una prolongación que reviviera todos los recuerdos, percibía en mi cuello todavía un adarme de su perfume, y miraba con devoción mis manos privilegiadas, por haber tocado la marfilea escultura de su cuerpo.

Hoy, después de que el destino me ha dejado deambular por esos vericuetos lujosos del placer y del amor, languidezco por volver a sentir, aunque fuera unos segundos sus caricias, que permanecerán en mi memoria, como las páginas de un álbum cuyas imágenes se decoloran pero nunca se borran.

El tren que llegó con su consabido retraso venía vacío, y como había muchos pasajeros dormidos, mi vecino de asiento intentó hacerme conversación, si bien debieron desanimarlo mis respuestas corteses pero breves. Partimos. De pronto escuché el silbido de la máquina: lúgubre, histérico, volviéndome cruelmente a la realidad.

Muñeca era a mi pesar una prostituta, una muchacha para pasar una agradable aventura, y yo era, sólo un pobre adolescente, sin porvenir, sin el más mínimo recurso para iniciar en serio una lucha. ¡Y lloré por Muñeca! ¡Era tan bonita, tan dulce, que verdaderamente no merecía la vida que llevaba! Me puse a imaginarla en el tenebroso escenario que había conocido, alternando con clientes necios, borrachos, indecentes, complaciéndoles, degradándose, aceptando pasivamente el manoseo, bailando indiferente con aquellos brutos ignorantes, quienes difícilmente sabrían comportarse y valorarla; y luego, tal vez por las exigencias de la dueña del prostíbulo, por esa avaricia que no se detiene ante ningún límite, prostituyéndose con los más repulsivos, entregándose, una, dos, cinco, siete veces en una sola noche. Y luego, al retornar a México ¿cómo sería su vida? ¿Tendría algún amante de planta que le quitaría el dinero tan duramente ganado? ¿La maltrataría encima? ¿Viviría con una madre viuda? ¿Con un padre paralítico? ¿Habría muchos hermanos pequeños y hambrientos esperándola, inocentes de la innoble ocupación de su hermana, que sólo sabía valerse de ese medio para proporcionarles el pan? ¿Sería una madre soltera? ¿O acaso una viciosa que escapaba insatisfecha del marido cuando éste trabajaba de viajero como yo, ausentándose días y días del hogar? ¡Muñeca era un enigma!, y uno de los principales ingredientes de la pasión es el misterio. Sean cuales fueran sus motivos, Muñeca me dolía, aquel reparto ignominioso de su cuerpo, aquella voluntad en manos de alcahuetes crueles y voraces, de compañeras relajadas de tan infamante suerte como Alma, aquel ambiente de vicio para una joven tan distinguida me sublevaba, tal si en las poco agraciadas, por el hecho de serlo, fuera más aceptable la degradación. ¡Oh egoísmo brutal del enamorado! Entonces imaginé a Muñeca marchitarse, envilecerse, contraer alguna enfermedad venérea que liquidara su juventud y su hermosura en unos pocos meses, y al mismo tiempo, empecé a reclamarme mi infamia, y aunque la volvía a desear, tal vez por eso mismo: ¡Por ser débil! ¡Por ser vícti-

ma; ¡Por ser el precio de muchas mujeres dizque decentes intocables e intocadas!, me desprecié por aquella lujuria adherida a mi naturaleza de hombre. ¡Yo era otro de esos miserables que le había pagado, que había contribuido a prostituirla, a degenerarla más, a hundirla en el cieno, y con mi pose romántica, mis lloriqueos, mis súplicas, mis delicadezas, mis ruegos, enmascaraba con una burda y despreciable hipocresía mi bajeza, un palmo más abajo que la de todas aquellas pobres mujeres con quienes acostumbramos desquitarnos de nuestras frustraciones, del infortunio de saber que nadie nos quiere, o de nuestra incapacidad de conseguirnos una muchacha por las buenas; acudiendo al burdel, donde dejamos la carne satisfecha, al precio de otra carne indefensa, condenada, ¡carne que se decora todas las noches para venderse!, y que de día duerme entre una maraña de embriaguez y de pereza su trágica realidad. ¡Como debía estar durmiendo Muñeca ahora!

Aquellas lágrimas amargas, escurriéndose en mi interior, eran los indicativos de que aún había algo en mí de humano, de auténtico, de hombre. ¡Y volví a llorar por mí! ¡Por ser tan infeliz! Porque el amor que sentía por ella no fuera capaz de convertirlo en protección. Si al menos hubiese tenido unos pocos años más y con qué vivir, me hubiese casado con ella sin pensarlo, la habría buscado, ganado, aunque me fuera en ello la vida misma.

Algo me decía que Muñeca era una muchacha buena, inmensamente buena. Y sin contar mucho con la realidad, me puse a urdir planes. ¡No volvería a tocarla! ¡Buscaría ganarme su cariño! Y si esto era imposible, su amistad, sería su apoyo incondicional, le serviría, la consolaría cuando sufriera y le daría los consejos de mi inexperiencia, procurando alejarla de aquel ambiente tristemente alegre. A mis pensamientos se unía el proyecto de escribirle inmediatamente una carta, reiterando mi tendencia por la comunicación escrita, pero luego la descarté pues carecía de alguna dirección donde dirigírsela, mejor era esperar volver a encontrarla, entonces hablaría. Después de todo nada hay más elocuente que la palabra, que la voz humana, sobre todo cuando va revestida de sinceridad. Le imploraría de rodillas que me permitiera estar cerca de ella, en calidad de esclavo o de sirviente; pero al instante, otros pensamientos muy distintos me asaltaban, a una mujer también se le puede retener por el amor, buscaría mejor hacerla gozar, trataría de convertirme en el amante perfecto, tierno, leal ¡Mi devoción concluiría por ablandarla! Pero lo importante era que abandonara aquella vida. ¿Acaso no podría convertirse en una buena peinadora, enfermera, secretaria, simplemente obrera, costurera o qué sé yo? ¡Todo menos lo que era!! Buscaría ganarla con mis méritos, intentaría conseguirme otro

empleo mejor, si quería escribir pues qué diablos, debía empezar a hacerlo llamando a las puertas de los periódicos para que me publicaran tres líneas.

Entre tan contradictorios pensamientos llegamos a México, y como ocurre siempre, Mefistófeles se presentó a cobrar el consabido pagaré.

Mi cuento de que el tren me había dejado apenas fue escuchado, mucho menos creído. Al día siguiente debía liquidar el importe de las ventas, que ascendían a más de setecientos pesos, los cuales no tenía la más remota idea de cómo conseguir, por de pronto después de amonestado, estaba suspendido y se le avisaría a mi padre de mi mal proceder, con mucha mayor razón si no cubría la cuenta.

En casa, mi madre no había pegado un ojo en toda la noche y cuando ya estaba a punto de aceptar la historia de que además me habían robado el dinero, pues les dije que me quedé dormido en la estación de Tula, se presentó mi padre reprochándome que apenas había empezado a trabajar y ya lo había hecho quedar mal.

La comida transcurrió entre hosco silencio y como ya no tenía trabajo, pues me fui a mi habitación donde el dulce recuerdo de Muñeca me llenó toda la tarde, hasta que un sueño reparador vino en mi ayuda como una bendición de Dios. Empezaba a pagar lo que la vida nunca perdona: ¡Haber sido feliz!

Esperé con impaciencia dos o tres domingos. Una extraña inquietud que no podía pasar totalmente desapercibida debió haberme desmejorado mucho. Me sentía débil y aunque procuraba disimular lo más que podía y pasaba una buena parte del día lejos de casa al amparo de un parque solitario con un libro que leía de vez en cuando sin entender. Una extrema palidez se fue apoderando de mi rostro, al grado que al enojoso silencio de mi madre, se sucedió un interés y una tierna preocupación; y su ceño rencoroso, se fue disipando hasta convertirse en la más tierna sonrisa.

*La steward tailandesa me ha traído la comida, su sonrisa no es tan mecánica como la de sus compañeras y me adelanta un cordial ¡Buen provecho!, que correspondo con una cortés inclinación*

–Estás enamorado –me espetó una mañana mi madre.

No quise desmentirla pero le aseguré que deseaba pasar unos días completamente solo.

–¿Y el dinero? –me interrogó con desgano.

–Ya les dije que me lo robaron, y si no me dejan salir a trabajar, pues no voy a poder conseguir nunca cómo pagarlo.

No insistió más, pero una tarde entró de puntitas a mi cuarto donde echado de espaldas sobre la cama buscaba en el techo mi destino, me dejó un billete doblado sobre la mesa y sugirió:

–Deberías irte al cine un rato. Te distraerás. Estás muy nervioso. Debes tranquilizarte. Tu papá va a arreglar todo.

–Gracias mamá –respondí–, y me lancé a deambular por las calles sin decidirme a asistir a la función de cine.

Aquel sábado fue un día horrible. Un ansia de verla incontenible me torturaba a todas horas, repitiéndome la pregunta: ¿Se acordará de mí? ¿Habré sido para ella sólo un cliente ocasional? ¿Aceptará mi propuesta de amistad? Inicé varias cartas que rompí y me puse a esperar con ansias el domingo en que iría a buscarla a la estación de Buenavista donde me haría el encontradizo, pretextando simplemente que estaba de descanso.

Aquella duermevela silenciosa que roía mi soledad, me fatigó tanto que al amanecer pude quedarme dormido. Me levanté tarde agradeciendo a Dios que había puesto final a aquella noche de zozobras, me bañé y con unos tragos de café en el estómago me encaminé a Buenavista, decidido a espiar en la sala de espera la llegada de Muñeca y de Alma, pero no las vi llegar, caminé por los andenes, rondé toda la estación, eché un vistazo en el restaurante, en las taquillas; finalmente angustiado, sacudido por un temblor incontrolable que se fue apoderando paulatinamente de mí, me fui a asomar al tren con la esperanza de que en mi rondín pudiesen haber llegado sin que lo percibiera, pero no estaban en ninguno de los vagones. Tenía los labios secos, la boca sin saliva y una opresión en la garganta y en el estómago que me ahogaba, sentía que el corazón estaba a punto de estallarme, procuré calmarme, si ese domingo no habían venido, podría encontrarlas al siguiente –pensé– pero al punto la perspectiva de pasar otra semana devorado de semejante inquietud casi me aterró.

Mi sustituto era un muchacho desaliñado. Me acerqué para saludarle.

–¿Tú por aquí? ¿Qué andas haciendo?

–Nada –le respondí–, vine a dar una vuelta.

–Ya hubieras firmado un vale para que te dejaran salir a trabajar. Yo tengo mi corrida a Uruapan, allá sí se gana dinero, no en este trencito, y además es bien aburrido ir y regresar el mismo día.

–Mañana voy a hablar con el cajero, a ver si me la pasa. Después de todo es la primera vez.

–Oye... y a propósito. Ayer me preguntaron por ti.

–¿Quién? –le pregunté palideciendo.

–Una muchacha. ¡Muy linda por cierto! Más bien eran dos, pero la que me preguntó era rubia.

–¿Y tú qué les dijiste? –le interrogué ahogando la emoción que me asaeteaba.

–Simplemente la verdad. Qué estabas suspendido porque no habías liquidado. Que cuando pagaras te reinstalarían. La vi que se puso triste. Algo le dijo a la otra porque se secretaron, y el viaje lo pasó mirando el camino sin despegar los labios. ¡No me compraron nada!

–Gracias –le dije tomándole los hombros con las dos manos.

–Pues ¿qué querías que les dijera? ... la verdad...

El convoy iniciaba la marcha. Me bajé del tren, ebrio de confusión entre avergonzado y dichoso. ¡Ella me recordaba! ¡Había preguntado por mí... y hasta se había puesto triste!

Entonces no habían sido sólo unas gotas de semen en su vientre de mujer pública, no fui un simple alquilador de su cuerpo.

Imaginé que podían regresar en el tren que retornaba a las siete de la noche, pero Muñeca no volvió y preferí esconderme a la curiosidad de mi sustituto.

Al día siguiente mi padre se quedó unos minutos después del desayuno.

–Te voy a dar el dinero para que liquides, pero ten cuidado en el futuro. Es mejor que dejes en casa el importe de la venta diaria y que lo reúnas hasta el día que debes entregarlo. ¡Y sobre todo no vuelvas a dejar abandonado el servicio –y me alargó los billetes nuevecitos que sumaban un poco más del adeudo, le di las gracias y ofreciendo resarcírselos me encaminé a la oficina.

Encontré al cajero haciendo las cuentas, acodado sobre su escritorio.

–Buenos días señor. Vengo a liquidar mi adeudo y a solicitarle una disculpa por lo del otro día.

El hombrecillo hacía los números con un lápiz filoso, procurando que fueran claros como de imprenta. Levantó la cabeza y hasta se sonrió.

–¡Y hasta tienes suerte! –me contestó, como regocijándose en las palabras–, esta mañana muy temprano se presentó una muchacha, quien me aseguró que era familiar tuyo y que cómo te hallabas indispuerto, venía a dejar el importe de tu cuenta. Yo me negué al principio a recibir el dinero, pero insistió tanto que al final, pues saqué tu lista y se la presenté, le aclaré que tú debías firmar, pero ella me respondió que confiaba en mí. Dejó el dinero y después de darme amablemente las gracias saludó y se fue. Así que ya no debes nada, y como nadie quiere tu corrida, y además has estado suspendido unos días, pues hoy mismo te vas nuevamente a trabajar. A ver si esto te sirve de experiencia y te comportas más serio en el futuro ¿O no te da vergüenza que una mujer ande pagando tus deudas?

¡Los ojos se me llenaron de lágrimas! ¡Lágrimas de gratitud, de felicidad!

Y las lágrimas se me han ido secando en los ojos después de mucho llorar. Nunca volví a ver a Muñeca ni a Alma.

Recorrí todas las escalas de la desesperación. Bajé como el Dante todas las cavidades del infierno.

Me arrodillé frente a todas las imágenes milagrosas.

¡Clamé a Dios en todos los tonos!

Una vez regresé a Tula al pequeño lenocinio, pero el mesero maricón ya no estaba y ninguna de las mujeres pudo darme razón de Muñeca. La mujer que regentaba me respondió que si alguna vez estuvo en su casa, como iban tantas muchachas, ni siquiera se acordaba de ella. Fueron inútiles mis tentativas de ofrecerle dinero y regalos.

Dos meses después una revista aceptó regularmente mi colaboración y un agencia noticiosa me dio empleo y yo tuve que renunciar al 13 y 14.

## Epílogo

Para todas esas jovencitas frívolas que a cambio de algún dinero ceden el maravilloso tesoro de su cuerpo, de su ternura, el don inapreciable de sus caricias; y aún más, para aquellas ninfas sublimes, que supieron darse sin interés, va este relato, desdibujado por el tiempo y engrandecido por el recuerdo.

Muñeca vivirá por siempre en el espíritu del hombre y en el parnaso del artista.

¡La evocaré toda mi vida con amor y gratitud!

Mi pluma la revivirá en muchos de mis personajes, contando la belleza de su alma y de su cuerpo.

Muñeca representa la virtud del vicio y el símbolo de un corazón inviolado e inviolable.

Muñeca, la muchacha del tren, caminará siempre conmigo, en cada acto noble de mi vida inspirado en su generosidad.

Su bondad es la lección que aún me rasa los ojos de lágrimas.

Nunca supe su nombre, pero ayer, hoy, siempre, después de todos los años, de todos los sueños, de todas las luchas... vuelvo a preguntarme: ¿Nada más que Muñeca?

*(La sobrecargo ha retirado el servicio con un gracioso mohín de desaprobación, lamentando que no haya probado la comida ni el martini, ella también hace lo que yo hice alguna vez, sólo que su trabajo es mucho más digno.)*

*A bordo del jet de Japan Airlines, en vuelo regular de Tokio a Hong-Kong.  
Abril 14 de 1968*

# INDICE

	Pág.
Prólogo a la obra completa.....	5
Iridiscencias.....	9
Vórtice.....	123
¿Nada más que muñeca?.....	205

## OBRA PUBLICADA DE EDWIN LUGO

**Novela:** Hasta siempre nunca  
Más allá del camino  
Horas que huyen  
Azrael  
Novia por correspondencia  
Ave sin alas  
En el umbral del otoño  
En clase  
Los estóolidos  
En las redes  
El tercer acto  
Al parpadear la tarde  
No traiciones al sueño  
La vendedora de flores  
Alondra  
Soroche  
Iridiscencias  
Vórtice  
¿Nada más que muñeca?  
Desde el silencio  
Carne de hombre  
Al servicio de la reina  
La última princesa

	Esos años ardientes
<b>Poesía:</b>	Poemas para una ausente
	Brisas del caudal
	Estuche para una joya
	Csárdás
<b>Cuento:</b>	Cuentos sobre el viejo Mixcoac
	Mamá Sarita
	El ángel de Amaranta
	El ajuste
<b>Teatro:</b>	Agua Dormida
	Estéril Primavera
	El arcángel

Compañía Editorial Impresora y Distribidora, S.A.,  
Medellín # 119, Col. Roma, México, D.F., Tel.: 5264-6692,  
terminó la edición de esta obra en el mes de junio de 2008.